

ESTEBAN ECHEVERRÍA

EL MATADERO

***ANTECEDENTES Y PRIMEROS PASOS
DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO***



Biblioteca Saavedra Fajardo 2017



Transcripción y revisión ortográfica de *El matadero* y *Antecedentes y primeros pasos de la revolución de mayo*. En: ECHEVERRÍA, E. *Obras completas*. Buenos Aires: Carlos Casavalle, 1874. Vol. 5.



ÍNDICE

EL MATADERO	4
ANTECEDENTES Y PRIMEROS PASOS DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO	21
I.	22
II.	27
III.	32



EL MATADERO



A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos. Tengo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración, pasaban por los años de Cristo de 183.... Estábamos, a más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la Iglesia adoptando el precepto de Epitecto, *sustine, abstine* (sufre, abstente) ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles, a causa de que la carne es pecaminosa, y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la iglesia tiene *ab initio* y por delegación directa de Dios, el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, solo traen en días cuaresmales al matadero, los novillos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la Bula y no con el ánimo de que se harten algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre a violar los mandamientos carnificinos de la Iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el Riachuelo de Barracas, y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del Alto. El Plata creciendo embravecido empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del Norte al Este por una cintura de agua y barro, y al Sud por un piélagó blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando la misericordia del Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el pulpito a puñetazos. Es el día del juicio, decían, el



fin del mundo está por venir. La cólera divina rebosando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros pecadores! ¡Ay de vosotros unitarios impíos que os mofáis de la Iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ah de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horribles, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia del Dios de la Federación os declarará malditos.

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el Obispo, hasta la barranca de Baleares, donde millares de voces conjurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina.

Feliz, o mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fue poco a poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y *aguateros* se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos, se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el *beef- steak* y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la Iglesia, y así fue que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron a 6 \$ y los huevos a 4 reales y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero en cambio se fueron derecho al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.



No quedó en el matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron o de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de *achuras*, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas harpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros inseparables rivales suyos en el matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fue el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que si la carencia de carne continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el pulpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la Iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas: a lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o donde quiera concurrían gentes. Alarmóse un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador, creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población, y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que a todo trance y arremetiendo por agua y todo se trajese ganado a los corrales.



En efecto, el décimo sexto día de la carestía, víspera del día de Dolores, entró a nado por el paso de Burgos al matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca por cierto para una población acostumbrada a consumir diariamente de 280 & 300, y cuya tercera parte al menos gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa extraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables y que la Iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es extraño, supuesto que el diablo con la carne suele meterse en el cuerpo y que la Iglesia tiene el poder de conjurarlo, el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la Iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino a turbar la revolución de Mayo.

Sea como fuera; a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, achuradores y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

—Chica, pero gorda, exclamaban.—¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador! Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero y no había fiesta sin Restaurador como no hay sermón sin San Agustín. Cuentan que al oír tan desaforados gritos las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desatentadas conociendo que volvían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fue todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecérselo a nombre de los federales del matadero, manifestándole *in voce* su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga, *rinforzando* sobre el mismo tema y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su Ilustrísima para no abstenerse de carne,



porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se bailaban tendidos en la playa del matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña ciase proletaria peculiar del Rio de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo preciso es hacer un croquis de la localidad.

El matadero de la Convalescencia o del Alto, sito en las quintas al Sud de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al estremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce, recoja en tiempo de lluvia, toda la sangrassa seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: «Viva la Federación,» «Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra.» «Mueran los salvajes unitarios.» Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra



Balcarce. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso ofreció a los señores carniceros en un solemne brindis su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distinta. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ellas algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negrezco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al tiento cruzaban por entre ellas al tranco o reclinados sobre el pescuezo de los caballos echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas aptitudes y se desparramaban corriendo como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que inter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en este, sacaba el sebo en aquel, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo



que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos,—dichos y gritería descompasada de los muchachos.

—Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía, gritaba uno.

—Aquel lo escondió en el alzapón, replicaba la negra.

—¡Ché negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo!, exclamaba el carnicero.

—¡Qué le hago, ño Juan! ¡No sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

—Son para esa bruja: a la m...

—¡A la bruja! ¡A la bruja! repitieron los muchachos: ¡se lleva la riñonada y el tongorí!

Y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera 400 negras destejiendo sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados, al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos gambeteando a pie y a caballo se daban de vegigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraban chillando la matanza. Oíanse a menudo a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al toro y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.



Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horribos tajos y reveses; por otro cuatro ya adolescentes ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era este del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el matadero era para vista no para escrita.

Un animal había quedado en los corrales de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres porque tenía apariencias de toro y de novillo. Llególe su hora. Dos enlazadores a caballo penetraron al corral en cuyo contorno hervía la chusma a pie, a caballo y orquestada sobre sus nudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanlo, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral, y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces triples y roncadas que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca y cada cual hacia alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

—Hi de p... en el toro.

—Al diablo los torunos del Azul.

—Mal haya el tropero que nos da gato por liebre.

—Si es novillo.

—¿No está viendo que es toro viejo?

—Como toro le ha de quedar. ¡Muéstreme los c... si le parece, c...o!



—Ahí los tiene entre las piernas. No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño; ¿o se ha quedado ciego en el camino?

—Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido. ¿No ve que todo ese bulto es barro?

—Es emperrado y arisco como un unitario. Y al oír esta mágica palabra todos a una voz exclamaron: ¡mueran los salvajes unitarios!

—Para el tuerto los h...

—Si. para el tuerto, que es hombre de c... para pelear con los unitarios.

—El matahambre a Matasiete degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

—¡A Matasiete el matahambre!

—Allá va, gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz. ¡Allá va el toro!

—¡Alerta! Guarda los de la puerta. ¡Allá va furioso como un demonio!

Y en efecto, el animal acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo de la asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercen, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

—Se cortó el lazo, gritaron unos: allá va el toro. Pero otros deslumbrados y atónitos guardaron silencio porque todo fue como un relámpago,

Desparramóse un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónico semblante, y la otra parte compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: ¡Allá va el toro! ¡Atajen! ¡Guarda!—Enlaza, Siete pelos, —¡Que te agarra, Botija!—Va furioso; no se le pongan delante—¡Ataja, ataja, morado!—Dele espuela al mancarrón—Ya se metió en la calle sola.—¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras sentadas en hilera al borde del zanjón oyendo el tumulto se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas



que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó, por que el animal lanzó al mirarlas un bufido aterrador, dio un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fue de cámaras; otra rezó diez salves en dos minutos, y dos prometieron a San Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro entre tanto tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman *sola* por no tener más de dos casas laterales y en cuyo aposado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Cierta inglés, de vuelta de su saladero vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso, en un caballo algo arisco, y sin dada iba tan absorto en sus cálculos que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano. Azoróse de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas—se amoló el gringo; levántate, gringo—exclamaron, y cruzando el pantano amasando con barro bajo las patas de sus caballos, su miserable cuerpo. Salió el gringo, como pudo, después a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrubio. ¡Más adelante al grito de al toro! ¡Al toro! cuatro negras achuradoras que se retiraban con su presa se zabulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entretanto, después de haber corrido unas 20 cuabras en distintas direcciones asorando con su presencia a todo viviente, se metió por la tranquera de una quinta donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba bríos y colérico ceño; pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores que se hallaban desbandados y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que espíase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga el toro estaba otra vez en el Matadero donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el



pantano excitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estaba en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle, uno, dos, tres piales; pero infructuosos: al cuarto quedó prendido de una pata: su brío y su furia redoblaron; su lengua estirándose convulsiva arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas.— ¡Desgarreten ese animal! exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortóle el garrón de una cuchillada y gambeteando en torno de él con su enorme daga en mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores. Brotó un torrente de la herida, exhaló algunos bramidos roncós, vaciló y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado y se agachó a desollarle con otros compañeros.

Faltaba que resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto, clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiereza; pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea que la echaron por lo pronto en olvido. Mas de repente una voz ruda exclamó: aquí están los huevos, sacando de la barriga del animal y mostrando a los espectadores, dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fue grande; todos los incidentes desgraciados pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el Matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquel, según reglas de buena policía debió arrojar a los perros; pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población, que el señor Juez tuvo a bien hacer ojo lerdo.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir. La matanza estaba concluida a las 12, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin, se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó—

¡Allí viene un unitario! Y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.



—¿No le ven la patilla en forma de U? No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero.

—Perro unitario.

—Es un cajetilla.

—Monta en silla como los gringos.

—La mazorca con él.

—La tijera!

—Es preciso sobarlo.

—Trae pistoleras por pintar.

—Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

—¿A que no te le animas, Matasiete?

—¿A que no?

—A que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era este un joven como de 25 años de gallarda y bien apuesta persona que mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando empero, las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echa maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del sayo tendiéndolo a la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

—¡Viva Matasiete! exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía el joven, fue lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil no muy distante a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete dando un salto le salió al encuentro y con fornido brazo asiéndolo de la corbata lo tendió en el suelo tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.



Una tremenda carcajada y un nuevo viva estertóreo volvió a victoriarlo.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! Siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

—Degüéllalo, Matasiete:—Quiso sacar las pistolas. Degüéllalo como al Toro.

—Pícaro unitario. Es preciso tusarlo.

—Tiene buen pescuezo para el violín.

—Tócale el violín.

—Mejor es la resbalosa.

—Probemos, dijo Matasiete y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

—No, no le degüellen, exclamó de lejos la voz imponente del Juez del Matadero que se acercaba a caballo.

—A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mashorca y las tijeras. Mueran los salvajes unitarios—¡Viva el Restaurador de las leyes!

—Viva Matasiete.

¡Mueran! ¡Vivan! repitieron en coro los espectadores y atándolo codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del Matadero. Notábase además en un rincón otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y porción de sillas entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas cantaba al son de la guitarra la resbalosa, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma llegando en tropel al corredor de la casilla lanzó a empellones al joven unitario hacia el centro de la sala.

—A ti te toca la resbalosa, gritó uno.

—Encomienda tu alma al diablo.

—Está furioso como toro montaraz.

—Ya le amansará el palo.



—Es preciso sobarlo.

—Por ahora verga y tijera.

—Si no, la vela.

—Mejor será la mazorca.

—Silencio y sentarse, exclamó el Juez dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven de pie encarando al Juez exclamó con voz preñada de indignación.

—Infames sayones, ¿qué intentan hacer de mí?

—¡Calma! dijo sonriendo el Juez; no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión. Su pálido y amoratado rostro, sovoz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

—¿Tiemblas? Le dijo el Juez.

—De rabia porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

—¿Tendrías fuerza y valor para eso?

—Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

—A ver las tijeras de tasar mi caballo:—túsenlo a la federala.

Dos hombres le asieron, uno de la ligadura del brazo, otro de la cabeza y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

—A ver, dijo el Juez un vaso de agua para que se refresque.

—Uno de hiel te haría yo beber, infame.

Un negro petizo púsosele al panto delante con un vaso de agua en la mano. Dióle el joven un puntapié en el brazo y el vaso fue a estrellarse en el techo salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

—Este es incorregible.

—Ya lo domaremos.



—Silencio, dijo el Juez, ya estás afeitado a la federala, solo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas.

—Por qué no traes divisa?

—Porque no quiero.

—No sabes que lo manda el Restaurador.

—La librea es para vosotros esclavos, no para los hombres libres.

—A los libres se les hace llevar a la fuerza.

—Sí, la fuerza y la violencia bestial. Esas son vuestras armas; infames. El lobo, el tigre, la pantera tampoco son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellas en cuatro patas.

—¿No temes que el tigre te despedace?

—Lo prefiero a que maniatado me arranquen como el cuervo, una a una las entrañas.

—¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

—Porque lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que vosotros habéis asesinado, ¡infames!

—No sabes que así lo dispuso el Restaurador.

—Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor y tributarle vasallaje infame.

—¡Insolente! Te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas.

—Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla y a nalga pelada dénle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el Juez, cuatro sayones salpicados de sangre, suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa comprimiéndole todos sus miembros.

—Primero degollarme que desnudarme; infame canalla.

Atáronle un pañuelo a la boca y empezaron a tironear sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacia rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del fierro y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

—Átenlo primero, exclamó el Juez.



—Está rugiendo de rabia, articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas y se desplomó al momento murmurando—primero degollarme que desnudarme infame, canalla.

Sus fuerzas se habían agotado—inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven, y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

—Reventó de rabia el salvaje unitario, dijo uno.

—Tenía un río de sangre en las venas, articuló otro.

—Pobre diablo, queríamos únicamente divertirnos con él y tomó la cosa demasiado a lo serio, exclamó el Juez frunciendo el ceño de tigre. Es preciso dar parte, desátenlo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proezas.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Matadero.



ANTECEDENTES Y PRIMEROS PASOS DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO



I.

Al abrirse el siglo actual, la España era la nación más atrasada de Europa. Nada quedaba a su orgullo sino el recuerdo de su pasado grande y poderoso. En su diadema regia solo brillaba con lustre una joya conquistada por el brazo de sus aventureros paladines. Esa joya era la América. Pero gravitando demasiado sobre débil cabeza, parecía desprenderse por sí para caer en manos de otro dueño.

Con su inteligencia caduca, con su pujanza enervada, con su decadente marina, apenas podían sostener sus hombros el peso de esos mundos, cuyos horizontes arrebolaron continuamente los resplandores del sol. Floridablanca, Campomanes, Cabarrus, Jovellanos, Quintana, creyendo regenerarla, solo habían hecho oír su voz robusta para entonar el fúnebre apoteosis de su grandeza.

A la Reforma y al renacimiento, su manifestación filosófica del siglo XVI, la España había opuesto el genio del absolutismo y de la Inquisición. Dominadora y conquistadora por las armas; pero sin inteligencia, comprensiva y creadora, nada bello ni robusto había podido fundar, ni para sí, ni para los otros pueblos, porque la fuerza que destruye, no engendra nada. Al cabo de dos siglos de vanagloria, de la España de Carlos V, de Felipe II y la Inquisición, no quedaba sino una civilización caduca y degenerada plantada en las regiones del nuevo mundo.

En la obra del genio español nada había cosmopolita y humanitario. En los hechos de sus conquistas, en sus concepciones y producciones literarias, llevaba el sello de su carácter adusto e insocial, de su egoísta y rudo nacionalismo.

La España en su obra de engrandecimiento ha trabajado solo para sí sin dar contingente alguno a la civilización humana, y ese trabajo estéril de dos centurias ni aun pudo servirle para constituir una nacionalidad robusta. Sin luz para ver, ni espíritu para comprender la identidad y la unidad del género humano, ebria de orgullo y de ignorancia, se segregó... de su comunión espiritual, y la civilización que marchaba a pasos de gigante, la desechó como a su hija espuria y egoísta, arrancando de sus impotentes manos el cetro de hierro y la regia supremacía.

Encastillada, sin embargo, detrás de sus Pirineos, con su rey absoluto, sus frailes y su Inquisición, la España satisfecha de sí, dormía el sueño de la orgullosa pereza.



La gigantesca voz de los pueblos puestos de pie para re-conquistar sus derechos, el estruendo de las batallas, el derrumbamiento repentino de los tronos y de las dinastías, toda esa inmensa agitación del mundo a fines del siglo pasado, apenas llegaba a su oído sin poder alguno para electrizar su corazón herido de muerte y despertarla de su letargo.

Tal era el estado de la España cuando el genio de la civilización vino a llamar a su puerta con el puño de su espada, y a conmovier con el estampido de sus cañones, las montañas que servían de antemural a su indolente y altanero egoísmo.

La España se despertó, no para recibirlo como una bendición de Dios sino para luchar con él y rechazarle de sus fronteras como una plaga del Demonio. La nacionalidad española invocando sus viejos ídolos, el absolutismo y la Inquisición, se rehízo y volvió a levantarse como en los siglos XVII y XVIII, frenética y salvaje, contra las ideas civilizadoras, borrando con sangre hasta el luminoso rastro de su pasajera conquista...

Entonces envainando sus puñales, envolviéndose nuevamente en su capa, se echó otra vez a dormir bajo el amparo del cetro de sus reyes y la providencia infalible de sus inquisidores.

Si tal era la España a principios de nuestro siglo ¿cuál sería el estado de sus colonias americanas? ¿Qué podía darles ella, que nada tenía para sí, ni en artes ni en ciencias, ni en cultura intelectual y moral, ni en civilización? ¡Ella, que estaba interesada en mantenerlas en el embrutecimiento del vasallo para explotarlas y alimentar con el sudor de ellas su perezoso sueño! Ella, que no sentía correr por sus tuétanos principio alguno de vida y de regeneración ¿qué podía dejarle en herencia?—Una civilización decrepita y degenerada como dijimos antes,—es decir, ignorancia, preocupaciones, costumbres semi-bárbaras y un catolicismo inquisitorial, retrógrado, en vez de la semilla fecunda de un cristianismo regenerador.

La América, pues, estaba infinitamente más atrasada que la España. Separada de la Europa por un océano, circunvalada por un sistema prohibitivo, con la Inquisición en su seno, vegetaba en las tinieblas. El poder temporal y espiritual se daban la mano para sofocar toda chispa de luz que pudiera iluminar su inteligencia, para dominarla y explotarla. Ella, sin embargo trabajaba al parecer satisfecha de su fidelidad a España, para enriquecer a sus dominadores y alimentar la pompa de los palacios donde holgaba y dormía en su orgullosa nulidad.



La sociedad americana estaba dividida en tres clases opuestas en intereses, sin vínculo alguno de sociabilidad moral y política. Componían la primera, el clero, los togados y los mandones: la segunda, los enriquecidos por el monopolio y el capricho de la fortuna: la tercera, los villanos, llamados «gauchos y compadritos» en el Rio de la Plata, «cholos» en el Perú; «rotos» en Chile, «léperos» en Méjico. Las castas indígenas y africanas eran esclavas y tenían una existencia extrasocial. La primera gozaba sin producir y tenía el poder y fueros del hidalgo. Era la aristocracia compuesta en su mayor parte de Españoles y de muy pocos americanos. La segunda gozaba ejerciendo tranquilamente su industria o comercio: era la clase media que se sentaba en los Cabildos. La tercera, única productora por el trabajo manual, componíase de artesanos y proletarios de todo género.

Los descendientes americanos de las dos primeras clases, que recibían alguna educación en América o en la Península, fueron los que levantaron el estandarte de la revolución.

Era natural que aquí brotara la chispa del incendio.

Con todo el orgullo de su clase, sacerdotes, abogados,

los que habían estudiado, viajado o leído algo de Montesquieu, Rousseau, Filangieri y la Enciclopedia, conocían todos los vicios del sistema colonial, sentían sus vejámenes y se indignaban de la insolencia de sus mandones. Eran los hombres más notables por sus talentos, su ilustración, su influencia en el país,—los que tenían capacidad y patriotismo bastante para excogitar remedios y arrostrar los peligros de una revolución.

Conociendo, sin embargo, el atraso de los pueblos, se hubieran arredrado de la empresa, si la disolución de la monarquía española, originada por la invasión napoleónica en la Península, no les hubiese puesto en la necesidad y en la obligación de pensar en la suerte de su propio país.

En el Rio de la Plata, empero, hechos anteriores habían despertado el pensamiento de independencia y preparado algunos elementos para realizarlo con buen éxito. Las invasiones inglesas de los años 1806 y 1807 pusieron forzosamente las armas en manos de los «criollos», les revelaron su fuerza y les infundieron el orgullo de vencedores. Beresford, además, y sus agentes, durante la corta ocupación de Buenos Aires, no dejaron de explotar el instinto de emancipación para solapar por ese medio las miras de conquista del gabinete británico. «La Estrella del Sud», periódico en inglés y castellano, redactado



en Montevideo, hablando de la impotencia virtual de la España para proteger y hacer felices a sus colonias, decía que ya no era más que el esqueleto de un gigante.

La deposición y prisión del Virrey Sobremonte resuelta en Cabildo-abierto, compuesto de Españoles, reasumió en este por primera vez la autoridad suprema y despojando de su prestigio tradicional la autoridad de los Virreyes, mostró al pueblo que no era tan inviolable y sagrada la del representante del Rey.

Por este acto verificado sin previa consulta a la Metrópoli en febrero del año 1807, para defenderse de Witelocke, la Audiencia entró a ejercer el mando político y Liniers el militar, reservándose el Cabildo la soberanía popular y la dirección y censura de la administración, salvo alguna diferencia de formas a la constitución antigua.

La llegada de un agente francés con pliegos del gabinete del Rey José, exigiendo sumisión y vasallaje al nuevo monarca de España, vino a revelar el aniquilamiento del poder al cual los americanos habían rendido vasallaje por tantos siglos.

En Enero del año IX la sedición del Cabildo y los Españoles de acuerdo con Elio y la Municipalidad de Montevideo para deponer a Liniers, volvió a poner de manifiesto la supremacía de los criollos, quienes, sosteniendo a Liniers, lograron sofocarla sin derramamiento de sangre. Los españoles gritando desacordadamente a toque de alarma— «abajo Liniers. Junta, Junta a la manera de las de España» enseñaron a los del país a no respetar la autoridad delegada por los Reyes y a considerarse con derecho para fundarla por sí propios y para disponer de su suerte.

Posteriormente, el nombramiento del Virrey Cisneros y la deposición de Liniers, por disposición de la Junta Central que tuvo la imprudencia de recompensar a Elio y de rehabilitar a los sediciosos del primero de Enero, manifiestan lo desagrado contra los que habían cruzado los planes subversivos, acabó por hacer palpable a los del país, que los españoles, siempre ingratos, solo querían perpetuando su humillación, dominarlos perpetuamente como amos.

Todos estos sucesos, eslabonándose sucesivamente habían aumentado la agitación, el descontento, preparado los ánimos para un cambio, y establecido principalmente la prepotencia de los cuerpos patricios de la Capital.

Cisneros, encargado por la Central de reprimir la marcha preponderante de los criollos, desconfiando de su lealtad y devoción a la España, se vio forzado a respetar su poder.



Esta concesión del miedo lejos de atraerle prosélitos le enajenó todas las voluntades. Si más avisado político, hubiese buscado apoyo en los criollos, donde estaba la fuerza y todavía entera la lealtad a su soberano, talvez consolida su autoridad y paraliza el movimiento revolucionario. Liniers precisamente se hallaba en esta posición. Los patricios que formaban un Regimiento numeroso y dominador entonces, lo veneraban; pero los españoles acusándole de francés y traidor, conspirando contra él y pidiendo su deposición, se privaban del único brazo fuerte y capaz de sostener la autoridad española en el Plata y de asegurarles su predominio.

Cisneros recibido por los españoles con arrebatos de entusiasmo, no tardó en caer en desgracia por la forzosa lenidad con que trataba a los criollos, y porque abriendo el puerto de Buenos Aires al comercio extranjero para proporcionarse recursos, les arrebató su inveterado y lucrativo monopolio. Los españoles le acusaban de ingrato y hablaban públicamente de él desfavorablemente. Así, Cisneros aislado, sin apoyo alguno en el país entre criollos ni españoles, era en el poder una verdadera sombra de la caduca autoridad que le había dado la investidura de Virrey.

Pero a medida que había ido decayendo el ascendiente y el prestigio de esta autoridad, otra se había gradualmente levantado, de origen en cierto modo popular. El Cabildo, cuyas funciones por su institución eran puramente municipales, en fuerza de los sucesos y de la necesidad degeneró, habiendo desde la Reconquista asumido el poder y adquirido una influencia política a veces salvadora. Era forzoso que en la caducidad de los otros poderes, asomase la autoridad en alguna parte para conservar el orden y dar dirección a los negocios; autoridad que no podía asomar sino donde estaba realmente, en la representación respetada y apoyada por el pueblo. Pero el Cabildo hasta fines del año IX no contaba entre sus miembros más que un solo americano. Había entre tanto dos partidos hostiles en intereses, el partido americano vencedor y fuerte y el partido español vencido el 1° de Enero. Estos dos partidos, convenían sin embargo, en un sentimiento,—el de la necesidad de una reforma en la administración. Los españoles, antes tan desdeñosos y altivos con los criollos, mostráronse solícitos, manifestándoles la urgencia de deponer al Virrey y crear una Junta. Ambos de acuerdo se repartieron las varas del Ayuntamiento, y por primera vez igual número de españoles y americanos se sentaron en las sillas curales. Esta era en concepto de los españoles una gracia hecha a los americanos; pero la unión



de estos partidos necesaria para regularizar el movimiento, era momentánea. Opuestos en intereses y miras se habían aproximado por conveniencia y necesidad. La revolución estaba pronta a desplegar su energía a medida que la reacción se pronunciase. La casa de Peña y el cuartel de Patricios eran el centro de inteligencia y de acción.

Todos los poderes, entretanto, nacidos de la Central habían caducado en España. Los franceses ocupaban toda la Península. La agitación conmueve a Buenos Aires al circular, entre vagos y siniestros rumores, la nueva de estos sucesos. Cisneros mandado a nombre de un poder que ya no existía, receloso, incierto, sin crédito ni apoyo en el país, publica todo lo que ha recibido relativo a la situación de la Metrópoli y declara su intención de entregar el mando a los representantes del pueblo.

El partido americano triunfante, alza la voz; pero prefiere la moderación para asegurar sus derechos por un arreglo amigable, y no apela a la fuerza.

Ambos partidos para evitar trastornos escogen el Ayuntamiento para mediar en la crisis, y el Ayuntamiento toma sin sospechar lo que hace, la iniciativa de la Revolución de Mayo.

II.

El 21 de Mayo, el Ayuntamiento oficia al Virrey, manifestándole el estado de incertidumbre y fermentación en que se halla el pueblo a consecuencia de los funestos acontecimientos de la Península, y le ruega, a fin de evitar los desastres de una convulsión popular, le conceda permiso franco para convocar por medio de esquelas a la principal y más sana parte del vecindario, y que en Congreso público se expresa la voluntad del pueblo y se acuerden las medidas más oportunas para evitar toda desgracia y asegurar la suerte venidera del país. El Virrey contesta inmediatamente concediendo el permiso.

El 22 a las diez de la mañana se abrió la sesión en las Casas Consistoriales en presencia de una distinguida concurrencia presidida por el Ayuntamiento, rodeado del Obispo, de los Oidores y demás funcionarios públicos. Al hacerse la apertura, una proclama impresa del Cabildo escita al pueblo a expresarse con libertad y con la dignidad propia de un pueblo sabio, noble, dócil y generoso. Tened por cierto, le dice, que nada podréis por ahora sin la unión con las Provincias interiores del Reino y que vuestras deliberaciones



serán frustradas si no nacen de la ley del consentimiento general de todos aquellos pueblos. El partido español y el americano se encaran en el Congreso. Aquel no quiere innovación alguna porque comprende que arrancada una vez una piedra del edificio todo él se desmorona. La Asamblea vacila, divaga por falta de un pensamiento iniciador. La enérgica elocuencia de Castelli y de Passo, allana los obstáculos, vence la resistencia de los empleados españoles, y unifórmas las opiniones sobre la necesidad de una reforma en el gobierno. Después de una larga sesión se resuelve por votación nominal registrada en la acta:—«que en la imposibilidad de conciliar la tranquilidad pública con la permanencia del Virrey y régimen establecido, se facultase al Exmo. Cabildo para que constituyese una Junta del modo más conveniente a las ideas generales del pueblo y circunstancias actuales, en la que se depositase la autoridad hasta la reunión de los Diputados de las demás ciudades y villas.»

La España ha caducado, fue la expresión que resonó en el recinto del Congreso y se esparció por la ciudad. Ella era el eco del sentimiento popular y pintaba maravillosamente la caída del régimen colonial y la inauguración de una situación nueva para los países del Plata.

Los españoles lo comprendieron así y la resolución del Congreso tendía a arrancarles el poder. La Junta, que según el acuerdo, estaba el Cabildo facultado para nombrar, debía ser la expresión de los votos generales del pueblo. El pueblo no podía querer que ella se compusiese de españoles, ni que hiciese parte de ella el Virrey, separado del mando por exigirle la tranquilidad pública.

Sin embargo, los españoles que estaban por la reforma, pero a condición que quedara exclusivamente en sus manos, eludieron lo acordado en el Congreso, intrigando secretamente con el Ayuntamiento. Fue creencia en aquel tiempo que dos capitulares americanos, el doctor Leiva y Anchorena, por espíritu de reacción, apoyaron con su influencia y su voto esta intriga contra revolucionaria que comprometía la tranquilidad pública, y podía hacer necesaria la acción del pueblo. Su conducta posterior en el mismo Ayuntamiento corrobora aquella creencia popular.

El 24 de Mayo, un bando del Cabildo anuncia al pueblo asombrado que la Junta que debía reemplazar en el mando a Cisneros se componía de dos vocales españoles y del Virrey en calidad de presidente de ella.



Era manifiesto que se burlaba completamente la resolución del Congreso. Virrey o Presidente de una Junta de dos miembros, Cisneros continuaba en el mando. Nada se había innovado más que el nombre y continuaba el régimen establecido, incompatible con la tranquilidad pública, según lo declaraba el acuerdo del 24 en Congreso. La burla era pesada y temeraria: revelaba la pasión y la insensatez política del partido español que quería todo o nada cuando se bailaba impotente. No sabía excogitar con prudencia para conservar algo o explotar el movimiento en favor suyo. Arremetió con ciega estupidez cuando podía ser aniquilado de un soplo.

Esta intriga torpe indignó al pueblo y a sus generosos iniciadores. Por la tarde una reunión numerosa pide a voces, delante de la Municipalidad la revocación de la elección amenazando no someterse a ella. Por la noche la fermentación crece. Los ciudadanos acuden en tropel a los cuarteles de Patricios, punto de reunión y de tribuna de aquel tiempo, y discurren en permanencia sobre la situación.—Muchos opinan que sin más miramientos se apele a las armas para castigar tan indigna superchería y repararlo todo. Chiclana, Moreno, Irigoyen, calman los ánimos y los concuerdan en que al día siguiente se eleve una representación al Cabildo, exponiendo enérgicamente lo que exige el interés común y la voluntad del pueblo.

El 25 de Mayo, el Virrey, sabedor de todo lo ocurrido en el cuartel y en casa de Peña, donde los principales autores de la revolución habían acordado igual medida, hace ante el Ayuntamiento renuncia de su empleo de Presidente de la Junta, a la vez que sus dos vocales, mientras que una representación con suficiente número de firmas llega ante el nuevo cuerpo por mano de una diputación.

El Ayuntamiento discute sobre uno y otro asunto. El pueblo reunido en la plaza pide impaciente a voces la sanción sin demora del contenido de la representación.

El Ayuntamiento lo promete por boca del Síndico Procurador, doctor Leiva. Las horas, entretanto, corren. El batallón de Patricios formado en la plaza hace igual demostración a la anterior, y entonces el Ayuntamiento promulga la acta memorable de 25 DE MAYO, revocando el nombramiento del 24, erigiendo una JUNTA DE GOBIERNO compuesta de los individuos designados en la representación.



El partido español, capitulando con la necesidad se retira vencido y despechado de la escena para fraguar nuevas intrigas y conspiraciones infructuosas. Es de notar que la elección de la Junta fue popular formulando en acta LA VOLUNTAD DEL PUEBLO.

La sustancia de la representación era la destitución del Virrey; nombramiento de una Junta de miembros presidida por don Cornelio Saavedra, con el cargo a más de comandante de las armas y servida en el despacho por los secretarios don Mariano Moreno y don Juan José Passo; y una exposición para las provincias del interior con la mira de apoyar su libre pronunciamiento. Esto que el pueblo pedía como condición necesaria, a más de ser requerido por la nueva situación política del país, era una medida indispensable para desbaratar los proyectos de los españoles, quienes esperaban que los gobernadores del interior se opondrían al cambio y encabezarían una reacción. Pero el Cabildo, sancionándola representación, tuvo cuidado de agregar que se encargaba la Junta de conservar el orden; pero con responsabilidad ante el Cabildo, el cual podía remover a los Vocales si no fuese arreglada su conducta, justificando la causa; que la Junta se reintegrase en caso de vacante y no podría imponer pechos, gravámenes y contribuciones al vecindario sin previa consulta del Cabildo; que cada mes publicase una razón de la administración de la real hacienda; que no ejerciese el poder judicial que se refundiría en la Real Audiencia; que la Junta prestase inmediatamente juramento ante el Cabildo, prometiendo usar bien y fielmente sus cargos, conservar la integridad de esta parte de las Américas a nuestro amado soberano Fernando VII y sus legítimos sucesores, y observar, finalmente, las leyes del reino.

Estas condiciones del Cabildo eran evidentemente evasivas. El Cabildo creaba, a nombre del pueblo, un poder subalterno, cuyos actos se reservaba controlar, cuando el pueblo pedía uno soberano. Ponía únicamente a cargo de ese poder la custodia del orden público y la observancia de las leyes y régimen establecido y se reservaba de hecho la autoridad soberana, en virtud de la facultad que le otorgara el Congreso del 22; facultades que el pueblo le había retirado el 25 compeliéndolo a revocar sus acuerdos. Así el Cabildo al paso que reconocía la soberanía popular, puesto que obraba por su mandato, pretendía usurparla disponiendo todo lo contrario de lo que pedía el pueblo. Sin embargo, este, o los peticionarios, se conformaron con las cláusulas del Cabildo, formuladas en el acta del 25, sea por haber logrado lo más colocando el gobierno en manos de los revolucionarios



del país, sea por inadvertencia, por evitar una colisión sangrienta, o por convenir así a los intereses políticos de la misma revolución.

Por otra parte, el Cabildo, conminado, estrechado por el pueblo solo cede a la fuerza de la necesidad. Esto es tanto más notable, siendo americanos la mitad de sus vocales. Es de suponer que había entre ellos algunos cobardes y reaccionarios del día 22 y estaban en el secreto de la revolución, o que no la querían, o que de acuerdo con sus principales autores, consideraban por entonces útil al triunfo de su causa esa política doble y de expedientes.

Ese espíritu reaccionario y conservador desplegado por el Cabildo, por cuanto aquietaba al partido español, prevenía una colisión armada, daba tiempo a obrar y conocer el espíritu del país especialmente en el interior; y podía, en caso de desgracia y de mal éxito, justificar, escudar hasta cierto punto a los revolucionarios y salvar al país de una reacción sangrienta. De este modo, al menos, debe mirarse la última condición.

El 25 de Mayo, sin embargo, la nueva Junta prestó ante el Cabildo juramento y se posesionó del mando en nombre de Fernando VII. Passo tomó a su cargo la secretaria de hacienda, y Moreno la de Gobierno y relaciones exteriores, es decir, casi todo el peso del despacho de los negocios.

Pero en la cabeza de los revolucionarios de Mayo, el gobierno nombre de Fernando era una ficción de estrategia política exigida por las circunstancias. El sentimiento del país por la independencia no se había pronunciado abiertamente sino en Buenos Aires y era necesario tentar la disposición del pueblo de las provincias acostumbrado a venerar por tradición y educación el régimen antiguo, y no chocar tan de frente con hábitos y preocupaciones envejecidas. El partido español, a más, era fuerte por su número, por su influencia, sus riquezas, sus relaciones de familia, y por tener el mando en las provincias, y era prudente no exasperarlo ni provocarlo a una reacción violenta sin preparación para resistirla y que podría comprometer el éxito de la revolución.

Las cosas por otra parte, estaban en la Península en momento de una crisis incalculable. Napoleón podía consumir la conquista de España y desaparecer de su trono la monarquía borbónica, y tal eventualidad podría ser causa legítima para desligarse sin violencia de la Metrópoli, negando con justicia, sumisión y vasallaje al usurpador que la dominaba.



La prudencia y la política aconsejaban pues, correr el periodo más crítico de la revolución al amparo de aquella ficción, extender sus conquistas, realizar reformas, preparar al país y organizar los elementos para aniquilar de un golpe cualquiera tentativa de contrarrevolución que apareciese. Esto hizo la Junta. Gobernando a nombre de Fernando VII, daba a todos sus actos un carácter de legalidad y de legitimidad que le atraía todas las conciencias escrupulosas, el asentimiento del país, y llevaba la bandera de la revolución contra sus obcecados enemigos, nuestros antiguos dominadores.

El primer acto de la Junta fue comunicar a los Cabildos de las Provincias por medio de una circular el cambio verificado en Buenos Aires el 25 de Mayo, y excitarlos al nombramiento de Diputados conforme a lo establecido en la acta, los que, dice la circular, han de irse incorporando en esta Junta conforme y por el orden de su llegada a la Capital, porque así conviene al mejor servicio del país y gobierno de los pueblos, imponiéndose, con cuanta anticipación conviene a la formación de la Junta general, de los graves asuntos que tocan al Gobierno;—entendiéndose que debe enviarse un Diputado por cada ciudad o villa de cada Provincia.

Después de ponderar la satisfacción que sentirán los Pueblos viendo el interés que toma la Capital por su Gobierno, agrega la circular: «A esto se dirigen los conatos de la Junta y del pueblo de Buenos Aires, y dispensarán cuanto auxilio y medios pendan de su arbitrio en obsequio del bien y felicidad de los pueblos.»

Esta circular era un poderoso estímulo de atracción a que difícilmente podían resistirse las Provincias: se les convocaba al Poder y a la soberanía. Así fue que solo Córdoba, Montevideo y Paraguay, donde predominaba el poder español, desoyeron la convocación de la Junta.

Sin embargo, esta circular redactada con la mayor buena fe, en los primeros raptos de entusiasmo, dio margen a un suceso de grave trascendencia política para el buen éxito de la revolución al primer choque de los partidos que no tardaron en formarse en su seno.

III.

En el Cabildo abierto del 22, el Fiscal Villota, órgano del partido español había sostenido que Buenos Aires sola, sin el concurso de las demás provincias no tenía



autoridad para hacer cambio alguno en el gobierno establecido. Castelli y Passo, por el contrario, oradores del Pueblo, reconocía en la capital el derecho de tomar la iniciativa, no solo en virtud de lo crítico de las circunstancias, sino también del tutelaje legítimo que siempre había ejercido sobre las demás Provincias del Virreinato. Toda su argumentación para rebatir a Villota se fundaba sobre esto. Verificado el cambio, más en fuerza de las cosas que de los argumentos de los oradores revolucionarios, se reconoció públicamente la justicia de las razones de Villota; porque se estableció ser la Junta provisoria «hasta tanto se reuniesen los Diputados de los pueblos en la Capital para establecer la forma de gobierno que se considerase más conveniente».

La circular de la Junta a los Pueblos produce la anterior disposición. Sin embargo, don Manuel Moreno, en las Memorias sobre su hermano, asegura que Castelli, redactor de esa circular, invitando a las Provincias para despachar cuanto antes Diputados al Congreso, aducía por amplificación, propia de su estilo, o por distracción o ligereza propia de su carácter, el deseo de rodearse la Junta de los talentos y asistencia de los Representantes nacionales, lo que sirvió después de protesto a los Diputados para decir que habían venido & tomar parte en el gobierno ejecutivo.

Funes en un bosquejo de la revolución reconociendo el grave mal resultante de la incorporación de los Diputados a la Junta, y habiendo sido uno de los que la reclamaron, contradice a Moreno refiriéndose a la cláusula textual de la circular.

Sea lo que fuere, error de Castelli o pensamiento político adoptado por la Junta para atraerse el beneplácito de las Provincias, lo cierto es, que esa cláusula de la circular, como veremos adelante, produjo resultados perniciosos al buen éxito de la revolución y trajo la anarquía de los partidos.

Es indudable que Buenos Aires estaba en su derecho estableciendo una Junta, porque desquiciado el poder central de la Península, como decían los publicistas de la época, retrovertida al origen de ese mismo poder—es decir—al Pueblo. Pero derribado el poder central del Virreinato por el pueblo de Buenos Aires, lo tenían igual las Provincias para constituir el gobierno que les conviniera. La razón estaba por su parte; pero es preciso observar que la Junta revolucionaria tenía doble misión que cumplir—vencer a los enemigos de la revolución y robustecer su poder para asegurar el triunfo. Esto no podía conseguirlo dividido el mando en tantos poderes como había Provincias, porque le faltaría



la unidad de concepción y de acción. La cuestión de la centralización debía inmediatamente surgir porque era vital al triunfo de la revolución. La Junta debió resolverla con audacia y decidirse a notificar a las Provincias envasen Diputados al Congreso, reservándose el Gobierno ejecutivo hasta tanto ese Congreso diese una organización estable al Poder.

En tiempo de revolución el derecho legítimo está de parte de quien sabe empañar la iniciativa y la acción. La Junta no desconoció este principio salvador en sus primeros actos: animada por el espíritu revolucionario de Moreno, marchó audaz adelante por sobre todos los obstáculos y resistencias.